

D. de la C.

Llegué un viernes en la noche a Londres lleno de impaciencias. Galileo la vi un sábado; el domingo me dediqué a callejear aun más y a visitar alegremente los pubs y los museos y galerías —por más que usted pueda dudar de mi palabra puedo darle pelos y señales de cuanto vi—, pero el sacrosanto San Lunes fuime a presenciar la celeberrima Evita, de Rice y Webber, en el Prince Edward Theater. Evita cumple ahora dos años bien corridos desde su estreno, ocurrido en junio del 78, en vísperas, por decirlo así, del XXVI aniversario de la "Madre de todos los niños, de los descamisados...", ocurrida un 26 de julio.

Ya no son los mismos intérpretes de la primera versión los que ahora aparecen: David Essex (Che), Elaine Paige (Evita)

mayor o menor musicalidad de las versiones (tengo el primer disco que salió, antes de que la obra fuera estrenada y, en efecto, es mucho más musical —usted me entiende— que la versión grabada de Nueva York, con Patti Lupone o esta de Londres, aunque de todas maneras resultan todas dignas de escucharse) la obra ha sido un triunfo innegable.

EL Prince Edward, como el Olivier y los otros dos teatros en los que estuve, se abarrotan noche a noche con un público super-entendido que debe reservar sus boletos con meses de anticipación: tal es su amor al teatro. En este caso, la pregunta obligada es ¿qué tiene Evita que atrae a tanto espectador?

Desde luego no es el posible —aunque no esperado— aspecto político de la obra, pues el peronismo, en todo caso, ya que-

gentina correspondería a *Tomorrow belongs to me*).

Pero Evita tiene algo más. Los autores, que en realidad nunca aspiraron más que a hacer una versión más o menos irónica de la historia de Evita (contada con desapasionamiento, objetivamente, dando al espectador, sin prejuizar, todas las ambiciones, las debilidades y las habilidades de la heroína) explotan, sin que sea demasiado evidente, el hecho de que Eva Duarte, en plena posesión del poder, en plena fama, en plena riqueza (después de arrancarse a la limitada localidad donde había nacido, acompañada de un cantante que sólo se inmortalizó por sus ligas con ella), muere de cáncer a los treinta y tres años de vida.

—Y quizá haya algo más: las canciones son en verdad rítmicas (—populares: tango, bolero, vals, etc.—) y pegajosas, con calidades instrumentales notables y letras muy significativas; las coreografías están llenas de humor y de crítica (hay que ver esos "bailes" de los generales —todos iguales a Videla— o los de la "élite", para carcajear a gusto); hay que oír las voces de los solistas y de los coros; hay que escuchar esa completísima orquesta dirigida por David Caddick. En fin: superficial o no (y no es tiempo de meterse a estudiar aquí el peronismo —que no fue una ideología, por más que se diga—, porque no es el lugar adecuado), Evita atrapa al espectador. Yo me pregunto, a punto de terminar mi espacio, cuándo tendremos en México no cinco o seis, sino uno, solamente, actor o actriz cantante que puedan interpretar tan sin pecado esta misteriosa —pues todavía no encuentro en dónde exactamente está su encanto— ópera rock que es una deliciosa experiencia. En tanto, meditaré.

galileo y evita

por Miguel Guardia

pués de haber condenado a Galileo por disidente, y a petición de Juan Pablo II —que entre viaje y viaje evangelizadores se da tiempo para todo— reabrirá el "caso Galileo" para tomar una postura objetiva al respecto y reconocer, en su caso, que, en efecto, la Tierra se mueve alrededor del Sol... Otra pifia (¿Do you remember Santa Juana de Arco?) histórica de la aparentemente inmortal institución romana.

y Joss Ackland (Perón) liaron sus bártulos y dejaron el paso a Mark Ryan, Martin Weber (que en ocasiones es sustituida por Stephanie Lawrence) y a John Turner. No vi la primera versión ni he visto la de Nueva York, pero tengo reportes de "fuentes dignas de todo crédito" de que las tres puestas han sido y son dignas de todos los elogios: salvo pequeñas diferencias de "estilo interpretativo" entre unos cantantes y otros, salvo la

do, me temo, en la noche de la historia, y, además, los autores de Evita no intentaban hacer teatro de tipo social: según algunos comentaristas, Rice y Webber tuvieron puesta siempre la mira en la taquilla; la obra, hablando en términos estrictos de teatro, carece de la importancia (sobre represiones sociales) de *Fiddler on the roof* o de *Cabaret*. Tiene algo de *My fair lady* (*The Ascot Gavotte* en los "aristócratas" argentinos) y del mismo *Cabaret* (*A new Ar-*